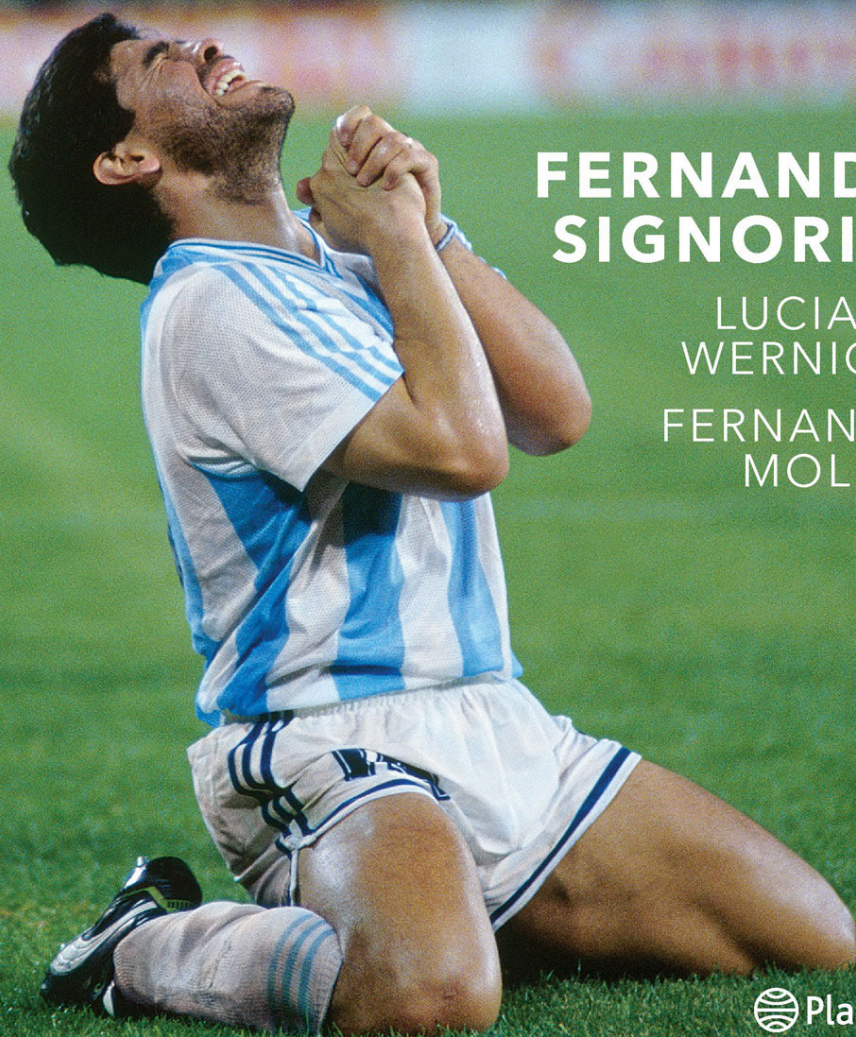


DIEGO

DESDE ADENTRO

CÓMO EL MEJOR FUTBOLISTA DEL MUNDO
SE CONVIRTIÓ EN EL MEJOR DE LA HISTORIA



**FERNANDO
SIGNORINI**

LUCIANO
WERNICKE

FERNANDO
MOLINA

**FERNANDO SIGNORINI
LUCIANO WERNICKE
FERNANDO MOLINA**

DIEGO

DESDE ADENTRO

CÓMO EL MEJOR FUTBOLISTA DEL MUNDO
SE CONVIRTIÓ EN EL MEJOR DE LA HISTORIA

 Planeta

CAPÍTULO 1

CONFESIONES DE INVIERNO

Lo recuerdo como si fuera hoy. Sé que parece increíble, pero les aseguro que ese momento quedó grabado a fuego aquel crudo invierno de 1972. En Lincoln, mi ciudad natal, no había mucho para hacer un domingo. Ni siquiera se podía ver televisión, porque todavía no se había instalado una antena transmisora que acercara los canales capitalinos hasta esa localidad, situada a unos 300 kilómetros al oeste de Buenos Aires, ni existían aún las señales de cable. Luego de la siesta ineludible, podría definirla mejor como obligatoria, los que amábamos el fútbol teníamos un único medio para conectarnos con el campeonato de primera división, que por entonces se llamaba Metropolitano: la radio. La pelota entraba a mi cabeza por las orejas, impulsada por las voces que emitía el aparato a transistores. Provisto sólo de las palabras que elegía el narrador, yo intentaba imaginar los goles, las atajadas, la magia. Unos días más tarde, compraba la legendaria revista *El Gráfico* y, a través de sus hermosas fotografías, descubría si las jugadas que había proyectado en mi mente se aproximaban, aunque fuera de manera vaga, a lo que realmente había sucedido en los inalcanzables estadios de Buenos Aires, Avellaneda o Rosario. Pero lo que me llamó la atención ese frío día

DIEGO, DESDE ADENTRO

de junio no fue la descripción de un tanto, ni de una acción determinada, sino un nombre. Yo había sintonizado radio Rivadavia para escuchar el relato del partido entre Argentinos Juniors y el puntero del torneo, San Lorenzo. Terminado el primer tiempo, el conductor del programa, José María Muñoz, dio paso a los distintos cronistas que debían informar lo que había acontecido en otros coliseos. En esa época, todos los partidos de la fecha se cumplían de manera simultánea. Sin embargo, a los dos o tres minutos, interrumpió a los corresponsales, fascinado por lo que sucedía en el círculo central de la cancha del Bicho de la Paternal: un nene de once años deslumbraba a los hinchas haciendo malabarismos con una pelota.

–Zavatarelli, ¿quién es ese chico que hace esas maravillas? –quiso saber Muñoz.

–Es un pibe de las divisiones inferiores de Argentinos Juniors, José María –le respondió su compañero de transmisión, situado junto a la línea de cal.

–¿Cómo se llama? –indagó el relator.

–Diego Armando Maradona.

«Diego Armando Maradona», repetí yo en la sala de mi casa de Lincoln, quizá para esculpir en mi azotea esas palabras que me habían parecido atractivas. Mientras a Muñoz lo había hechizado el talento del chico, a mí me había llamado la atención la sonoridad de su nombre.

Años después, recibido de Profesor de Educación Física en la escuela Nuestra Señora de Lincoln y trabajando como preparador del primer equipo del club Rivadavia de la misma ciudad, volví a escuchar ese trío de pala-

bras que combinaban de manera armónica, tantas veces que terminé familiarizándome con él. Como debe haberle ocurrido a millones, sospecho. Primero, como la nueva esperanza de Argentinos Juniors, aunque ya en el equipo profesional. Luego, como líder de la selección juvenil que ganó el Mundial sub-20 de Japón en 1979, conducida por César Menotti, y finalmente como estrella del Boca campeón de 1981, ya por televisión, porque por fin a un funcionario municipal se le había ocurrido colocar una antena que alimentara el ocio de los linqueños. Gracias a las imágenes de la tele, logré ponerle cara al nombre musical, y asimismo descubrir que Muñoz se había quedado corto con sus elogios. El muchacho no sólo dominaba la pelota a placer, como dicen los españoles, sino que era un experto en el arte del engaño. Un tipo de una astucia sobresaliente, de una picardía exquisita que ya no se ve en las canchas, o por lo menos yo no he vuelto a ver. Ya nadie engaña a nadie.

En diciembre de 1982, pasados el Mundial de España y la nefasta *guerra de Malvinas*, me pude dar el gusto de ver en una cancha esa maraña de rulos con pies prodigiosos que tanto me había extasiado a la distancia por medio de un tubo de vidrio. Fue en el Camp Nou, en una fría noche catalana. Diego consiguió el único gol del equipo *blaugrana* con un toque prodigioso que burló al gran portero vasco Luis Miguel Arconada, defensor del arco de la Real Sociedad y la escuadra nacional española. Un toque muy parecido, casi calcado, al que el mismo Diego dibujaría cuatro años más tarde ante el belga Jean-

DIEGO, DESDE ADENTRO

Marie Pfaff, en el Mundial de México, para anotar el uno a cero albiceleste.

Poco después de ese primer contacto visual, lejano y desde luego unidireccional, el destino, que a veces obra con crueldad pero conmigo estuvo desmedidamente generoso, cruzó mi camino con el de ese pibe al que todos en España llamaban *Pelusa*, a partir de un encuentro fortuito y una desgracia que, debo admitir, resultó con suerte. A partir de allí, avanzamos juntos durante unos catorce años. Volamos dentro de veloces Ferrari por seguras autopistas y anduvimos a los tropezones por senderos pedregosos y peligrosos. Piloteamos lanchas de carrera y remamos en dulce de leche. Ganamos y perdimos. Hoy, mirando desde la distancia que conceden el tiempo y la experiencia, y al cabo de tantos viajes, tantos campeonatos, tantas anécdotas, siento que esos catorce años fueron 140.

Es muy difícil contar de manera cronológica la historia de uno de los tipos más famosos del mundo. Millones lo han visto jugar, lo han escuchado hablar, han leído sobre él, han observado uno o varios de los documentales que se han producido sobre su sorprendente existencia. Pero todos han visto a Maradona, leído sobre Maradona, escuchado a Maradona, observado documentales sobre Maradona. Yo les voy a hablar de Diego, del pibe que se entrenaba con ambición, del ser humano que aparecía cuando se apagaban las cámaras y los flashes, del chico forjado en un barrio muy pobre como Villa Fiorito que viajó a la cima del Everest sin ropa de abrigo ni ayuda de

los *sherpas*. Maradona... Maradona fue otra persona, con la que Diego sólo compartió el apellido.

Cuando Napoli ganó el primer *scudetto* de su historia, en 1987, un hincha pintó una frase soberbia sobre uno de los muros del cementerio de Poggioreale, el principal de la ciudad: «No saben lo que se han perdido». Yo no. Lo he vivido y voy a contarlo para que otros no se lo pierdan.

Este libro está escrito desde el afecto, aunque con el rigor del verdadero amigo: aquel que acompaña y apoya en las buenas y en las malas. El que dice «sí», pero también dice «no».